

ceros esta promesa en nombre de Jesucristo. Ni temo añadir, que nadie será capaz de privaros de este gozo en los años eternos: *gaudete, et exultate, quoniam merces vestra multa est in celo.....Tristitia vestra vertetur in gaudium, et gaudium vestrum nemo tollet à vobis.* Y enlazando el fin con el principio, os ruego con el Apóstol, que en tiempo obreis vuestro negocio; porque *la voluntad de Dios, que os eligió desde la eternidad para que fueseis inmaculados, es vuestra santificación.* Yo os la deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen. DIXE.



SERMON III

VESPERTINO

O DE MISION,

sobre el impenitente moribundo.

*Circumdederunt me dolores mortis,
et torrentes iniquitatis conturba-
verunt me: dolores inferni cir-
cumdederunt me. Psalm. XVI. 5.
et 6.*

SEÑORES:

Si alguna vez desearia yo estar dotado de la elocuencia varonil de S. Juan Crisóstomo, y del ardiente fuego de S. Pablo, es prin-

principalmente cuando estimulado del zelo de vuestra salud eterna, pretendiendo poneros á la vista la imagen é infeliz estado de un pecador moribundo, próximo á caer en las manos de Dios vivo, sin haber hecho antes penitencia de sus culpas. Los dolores de la muerte le rodean; los torrentes de su iniquidad le turban; los suplicios del infierno le cercan, y su conciencia misma le acusa, le juzga y le condena. El tiempo pasado, el momento presente, la eternidad futura, se presentan de tropel á su imaginacion tímida. En vano pretenderán poner un velo á objetos tan terribles. De nada les aprovechará querer huir de la faz del Señor, ó imaginar con los impios que ha olvidado sus delitos.

¡Ah! en pena de haber huido en vida de un Dios misericordioso, conocerán en la hora de la muerte que van á caer en las manos de un

Juez irritado. La muerte misma, que tantas veces se les ha presentado en sus semejantes, y cuya memoria ha sido siempre desatendida; la muerte, repito, los atormentará en aquella hora, por orden de la divina justicia, con los tres mas crueles suplicios; á saber, con el arrepentimiento de lo pasado, con el mas vivo dolor de lo presente, con inexplicable temor de lo futuro: tres breves reflexiones que dividen justamente la materia de este lúgubre discurso, dirigido á manifestaros el infeliz estado de un moribundo impenitente, con el eficaz deseo de preservaros de semejante desgracia. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa mediacion de María santísima. Saludémosla humildes con el ángel. *Ave*

MARIA.

Circumdederunt me &c.

“Es necesario, dice el Apóstol de las gentes, que nos presentemos todos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno dé cuenta de sus obras, ya sean malas, ó ya buenas.” Mas antes de llegar á semejante conflicto debemos comparecer en el tribunal de nuestra propia conciencia; porque en la muerte del hombre, como dice el Eclesiástico, se descubrirán sus hechos: *in fine hominis denudatio operum illius*. Ilustrada en este momento la razon con una luz tan penetrante, que la voluntad mas depravada es incapaz de obscurecer, hará ver al hombre criminal todas sus iniquidades, que le servirán de un extremo suplicio; triste preludio del infierno que le está preparado, y

como primera mordedura del gusano que le roerá eternamente.

El justo y el pecador, dice un contemplativo, verán en aquella hora lo pasado; pero con esta diferencia: el justo lo verá con placer, y el pecador á su pesar. El justo lleno de consuelo echará su vista sobre una vida marcada con el sello de la inocencia, ó purificada por una penitencia sincera; el pecador mirará con horror en su conciencia toda la corrupcion de su corazon; verá, digo, todos los pecados que ha cometido, y todas las buenas obras que ha dexado de hacer: doble materia de su dolor, y de un arrepentimiento ordinariamente inútil.

En efecto, mientras vivimos apenas conocemos los males ni los verdaderos bienes. Conducidos por las falsas ideas que las pasiones nos sugieren, son falsos las mas veces los juicios que formamos. Mas en

las cercanías de la muerte ella misma correrá el velo que nos oculta la luz de la verdad; y nuestras obras todas buenas ó malas se presentarán á nuestra vista: *in fine hominis denudatio operum illius*. ¡Pecadores, temblad! ¡estremeceos, esclavos de las pasiones! En la hora de vuestra muerte se desvanecerá la falsa idea de los placeres que han seducido vuestra voluntad; y vuestra conciencia misma os servirá de un espejo fiel, que os representará todos vuestros delitos. ¡Qué suplicio tan cruel! ¿Qué pena mas grave, dice S. Ambrosio, que la que causa la llaga interior de la conciencia? S. Agustin la llama *cruz del alma*, y el Crisóstomo *cruel acusadora*.

La historia santa nos presenta testimonios auténticos de esta verdad. Herido Saúl en su última batalla contra los filisteos, quiso, por un acto de desesperacion, antici-

parse la muerte, arrojándose sobre su espada. En este infeliz estado vió cerca de sí al amalecita, y le suplica acabe de matarle, porque le rodean las angustias; no solo las de su muerte próxima, sino principalmente las que le causaban las vestiduras de los sacerdotes á quienes habia quitado la vida; las cuales se le representaban muy al vivo, segun la expresion del texto hebreo: *tenent me oræ vestimenti sacerdotalis*.

Ni es este el único exemplar que sobre la materia nos presentan las santas escrituras. Oid como se explica Antíoco poco antes de morir, agitado de su propia conciencia. Ahora, dice, me acuerdo de los males que hice en Jerusalem. En este infeliz momento me acuerdo que saqué la ciudad, destruí las familias, derramé la sangre inocente. Me acuerdo que robé el templo, que profané los altares, que

injuríe al Santo de los santos. Por mas esfuerzos que hago para sacudir estas ideas, no puedo dexar de ver mis atentados. La representacion de todos ellos es muy viva, y á los dolores de mí cuerpo se añaden por una especie de necesidad inevitable los remordimientos de mi conciencia, que me causan doble tormento: *nunc reminiscor malorum, quæ feci in Jerusalem.* Asi murió Antíoco; asi terminó Saúl; asi fallecen los pecadores obstinados, á quienes la divina justicia da á conocer en el último instante de su vida el mal uso del tiempo que para salvarse les habia dado su misericordia; asi en fin morirán todos los impios que fallecieren en impenitencia final; y su conciencia misma á pesar suyo les hará ver en aquella hora no solo todos los pecados que han cometido, sino tambien todas las buenas obras que han dexado de hacer.

¡Mortales! el que tenga oídos para oír, oiga, para usar la expresion de nuestro Salvador. Cuando os halleis á las puertas de la muerte arrojaréis (aun á vuestro pesar) el pensamiento sobre lo pasado. ¡Qué soledad tan espantosa no veréis! ¡qué general abandono de todas las virtudes! ¡qué inmenso vacío de buenas obras! Las limosnas rehusadas, las oraciones omitidas, los sacramentos abandonados, las festividades no santificadas, los talentos no cultivados, ¡qué cruel suplicio para un pecador moribundo! *Aquí será el llanto y el rechino de dientes,* dice Jesucristo.

Crecerá este tormento, como se explica un sabio, á proporcion de la facilidad que conoceréis haber tenido para hacer buenas obras. ¡Poderosos del mundo! vosotros vereis en aquel momento cuán fácilmente pudisteis redimir vuestros pecados por medio de las limosnas, y sal-

varos entre las riquezas como Abraham, mucho mas rico que vosotros. ¡Pobres desconsolados! vosotros vereis cuán fácilmente habriais podido salvaros por la pobreza de espíritu y la humilde resignacion, como se salvó Lázaro, mucho mas pobre que vosotros. ¡Murmuradores de la divina Providencia! vosotros vereis cuán fácilmente pudisteis someteros al yugo de la ley de Dios, y poseer en paciencia vuestra alma, como la poseyeron Job, Tobías, Susana, Mardoqueo, David, y otros muchos mas afligidos que vosotros.

¡Ah! con cuánta claridad conoceréis, que habiéndoos el Señor dado un alma hecha á su imágen y semejanza, la recibisteis en vano; que habiéndoos dado un cuerpo, cuya estructura es admirable, abandonasteis todos sus miembros al pecado; que habiéndoos confiado talentos para conocer el bien y el mal,

los habeis malogrado en la iniquidad ó en el ócio; y lo que es mas, que habiéndoos concedido una larga vida, auxilios é inspiraciones para reparar vuestra omision y negligencia, no habeis hecho frutos dignos de penitencia.

Este conocimiento, señores, será en aquella hora uno de vuestros mayores suplicios; pues como dice S. Bernardo, nada es tan terrible al pecador como su propio ojo: nada tan molesto en su última hora como su propia conciencia: *nullus molestior oculus suô cuique*. Todo lo ve en aquel momento, nada perdona; y como en vida ha juzgado mal de todos por su malignidad, en la muerte no se perdonará á sí mismo, compelido por la fuerza de la verdad. Verá en efecto todo el mal que ha hecho, todo el bien que ha dexado de hacer, y se juzgará á sí mismo con rigor, mirando con arrepentimiento

lo pasado : *nullus molestior oculus suo cuique.*

Mas este arrepentimiento, podrá decirme alguno, si es tan vivo y eficaz, ¿no servirá en aquella hora al pecador para su justificación? ¡Ah! todo es, señores, dudoso, todo incierto, todo terrible en aquel momento. Notad, os ruego, con un abad venerable, la gran diferencia que hay de ordinario entre el arrepentimiento en vida, y el de la hora de la muerte. Aquel es semejante á un árbol que lleva fruto, y éste á un árbol seco y estéril. El arrepentimiento de los pecados durante la vida, produce frutos de penitencia, porque va ordinariamente acompañado de virtudes cristianas; mas el que se difiere hasta la muerte no lleva regularmente fruto alguno; porque ni se está ya en estado de mortificar la carne, ni de ejercicio alguno de penitencia: y es mucho de

temer, que á semejantes pecadores moribundos diga el Señor en su cólera lo que á la higuera infructuosa del evangelio: *¿ut quid etiam terram occupat?* ¿Qué hace aquí este árbol estéril? Tiempo es ya de aliviar la tierra, y de arrancarlo para el fuego.

Ademas, ¿no han dicho los padres apoyados en la santa escritura, que Dios por un justo juicio rehusa muchas veces las gracias en la muerte á los que en vida las han despreciado? ¿No ha mirado la Iglesia casi siempre como sospechosas las señales de conversión de los pecadores obstinados en aquella hora? ¿No es mucho de temer les comprehenda aquella terrible sentencia de Jesucristo: *yo me ausento, vos otros me buscaréis, y no me hallaréis, y moriréis en vuestro pecado. Ego vado, et quæretis me, et non inuenietis, et in peccato vestro moriemini.*

Pero hagamos ya tránsito del suplicio que causará al pecador moribundo la memoria de lo pasado, al dolor inexplicable de lo presente: segunda reflexión de este discurso.

II. Lo que se posee con amor, dice S. Agustín, no puede perderse sin dolor. De aquí se infiere, que el pecador moribundo padecerá extremos dolores al separarse de los objetos de sus pasiones, y que más lisonjaban sus apetitos. El cuerpo, la vida y el mundo han sido hasta este punto los ídolos favoritos de las almas adheridas á la tierra. La separación por consiguiente de ellos son tres crueles suplicios.

El alma, dice un contemplativo, se halla como entre Dios y el cuerpo en orden á sus operaciones. Si se eleva sobre sí misma para meditar en Dios, y alabarle en espíritu y verdad, le ama sobre todas las cosas. Si se abate ácia lo terre-

no, ama con preferencia á su cuerpo; y esto es de lo que el Señor se queja por el profeta Ezequiel, cuando dice: *me arrojaste detras de tu cuerpo: projecisti me post corpus tuum.*

Examinad vuestro interior sin indulgencia, y hallaréis testimonios auténticos de esta verdad. ¿Qué de solicitudes no empleais para buscar el descanso, la salud, la belleza de este cuerpo mortal y corruptible! ¿qué desvelos para solicitarle el placer y la diversion! Mas cuando llegue la hora en que vuestra alma se separe de este cuerpo tan amado, ¿qué terribles dolores no experimentaréis! La muerte os crucificará entonces, como se explica S. Bernardo. Extendido á manera de tronco el cuerpo sobre el lecho, sin fuerza los brazos, el pecho levantado, extinguida casi la luz de los ojos, el rostro desfigurado, y cubierto de un sudor frío, de un

síncope mortal, ¿qué objeto tan doloroso para un alma que tanto le ha amado!

¿Personas del otro sexo, idólatras de la belleza de vuestro cuerpo! ¿cuál será, os ruego, la situación de vuestra alma al separarse de este ídolo, á quien habeis ofrecido tantos inciensos? ¡Ah! ¿Con cuánta razon direis entonces: *los dolores de la muerte me han rodeado, y me han turbado los torrentes de la iniquidad: circumdederunt me dolores mortis, et torrentes iniquitatis conturbaverunt me.*

Á la pérdida del cuerpo añadid la de la vida, que os causará en este momento un dolor nó menos agudo; porque nada ama tanto el pecador como su propia vida; y de aqui las grandes inquietudes que padece á presencia de cualquiera enfermedad. El hombre, dice un sabio, es capaz de tres suertes de vida; la animal, la racional y la

divina: tres vidas, añade, que S. Juan encierra en tres palabras, cuando dice de los hijos de Dios, que propiamente no viven de la vida animal, porque mortifican sus pasiones; ni aun de la vida racional, en cierto modo, porque prevalece en ellos la vida de la fe; sino de una vida totalmente divina, porque se unen á Dios por medio de la caridad: *neque ex voluntate carnis, neque ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt.*

Mas el pecador por el contrario vive solo de la vida animal; y á cierto respeto de la racional. Si viviese como el justo, la muerte perfeccionaria su vida; porque le abriria el camino de la gloria, que es el colmo y la perfeccion de la gracia. Pero como no ha vivido sino de la vida animal y la racional, vendrá al fin á perderlas ambas: la animal, porque ya está incapaz de los placeres de los sentidos, y lo poco

que conservare de la vida racional le servirá de mayor tormento. ¿Quién no ve en efecto que en la muerte del pecador perecen con él todos sus proyectos? ¿quién ignora que los grandes preparativos, fundados sobre la esperanza de una mas larga vida, de un mas dilatado gobierno, juntamente con sus pensamientos de orgullo, de vanidad, de soberbia, desaparecerán en aquel instante, como David se explica? *In die illa peribunt cogitationes eorum.*

Por lo que hace á la separacion del mundo, es cierto, dice S. Bernardo, que ningun dolor puede igualar al de esta clase de pecadores en la hora de su muerte. La razon es, porque habiendo vivido tan adheridos al mundo, es imposible separarlos de lo terreno sin que experimenten una extrema violencia. El alma no se sostiene por sí misma. Busca por consiguiente fuera de sí algun apoyo; y cuando no lo so-

licita en Dios, se persuade hallarlo en los objetos de sus pasiones, á los cuales vive tan ligada, que no puede separarse de ellos sin un cruel suplicio. Honores, riquezas, situaciones brillantes, soberbia de la vida, placeres, vosotros os ocultais á esta infeliz por medio de una fuga precipitada y eterna, sin dexarle la mas leve esperanza de recobraros jamas. ¿Qué momento, señores!

○ Pero no es esto lo mas, ni lo que causa el mayor dolor en esta cruel separacion, sino el verse adherido el pecador á lo que miraba en vida con mas horror. Tú; ó muerte! le dexarás únicamente un sepulcro lúgubre, sombrío y pestilente: *solum mihi superest sepulchrum.* Este será su lecho, su casa, todo su mundo. La hediondez le servirá de padre y de madre, y hermana los gusanos, segun la expresion de la escritura. El cuerpo

de los justos, dice un sabio, reposa en paz en la bóveda, porque habita en sus cenizas el Espíritu Santo como un germen de su resurreccion. No así el cuerpo de los pecadores, que preferiria permanecer para siempre en el sepulcro mas horrible, por no asociarse al alma en un eterno suplicio.

¿Exágero yo, señores? ¿Ofrezco torcedor á vuestras conciencias? ¡Ah! miserables hijos de Adán, ¿cuándo acabaréis de conocer que todo lo que amais sobre la tierra contra el orden de Dios pasa como una sombra; como una nave que divide con celeridad las aguas, sin dexar señal de su carrera; como un ave que vuela rápidamente por los aires, sin dexar rastro alguno de su vuelo, segun la comparacion del sabio? ¿Hasta cuándo palparéis por luz las que son densas tinieblas? Los dias son breves, y se acerca la eternidad. Reconoced en tiempo,

os ruego, que todos los objetos favoritos de vuestras pasiones, que tanto os seducen ahora, no son mas que una pura vanidad, y que solo pueden servir de confusion, de dolor y de suplicio en la hora de la muerte.

No querais pues errar, hermanos míos, porque Dios no será burlado. Vuestro dolor y arrepentimiento de lo pasado y de lo presente en esta hora producirá frutos dignos de penitencia; mas en el momento de la muerte, si Dios, en pena de vuestros pecados, se retira de vosotros, solo os servirán para exclamar con los impíos: «erramos en efecto el camino de la verdad: la luz de la justicia no nos ilumina, y ya nos ha faltado el sol de la inteligencia: nos hemos cansado en los caminos de la iniquidad y de la perdicion: hemos caminado por sendas difíciles, y las del Señor las hemos ignorado.

»¿Qué nos ha aprovechado la soberbia? ¿De qué nos ha servido la jactancia en las riquezas? *Ergo erravimus à via veritatis.*»

Y si es tan grave el suplicio que causa al impenitente moribundo la memoria de lo pasado y lo presente, ¿cuál será su tormento al considerar lo por venir? Renovad aquí vuestra atención mientras ilustro esta tercera parte del discurso.

III. Para poner la materia á buena luz no haré mas que extractar sumariamente las sólidas reflexiones de un antiguo y venerable abad. Lo que Dios, dice, manifestó en otro tiempo al evangelista S. Juan como objeto de admiración, se presenta al pecador moribundo como asunto de miedo y de temor. Vió este Apóstol en su apocalipsis *un caballo pálido: su ginete se llamaba muerte, y le seguía el infierno.*

Hé aquí la imágen de un impe-

nitente moribundo, á quien sus delitos han embrutecido durante su vida. La palidez le conviene, porque este es el color de los que temen; y nunca tiene el pecador mayor motivo de temor que cuando lleva la muerte encima y el infierno en seguida. Él en efecto desde el lecho de la muerte que le asalta echa su vista sobre lo por venir, y ve el infierno abierto, próximo á ser entregado por la divina justicia en manos de los demonios, como una presa infeliz que van á sepultar en el abismo para saciar su ira, y donde va á experimentar en breve males innumerables y eternos. He dicho *innumerables*, porque sería mas fácil reducir á suma las arenas, las gotas de agua del mar, los días del mundo, los átomos del sol, que numerar los males que se padecen en el abismo que se presenta á los ojos de semejantes pecadores en la hora de la muerte.

Las expresiones del evangelio y las de los profetas, aunque figuradas, nos inspiran la idea mas terrible sobre la materia. *Alli habrá*, dice Jesucristo, *llanto y rechino de dientes*. *Alli habrá*, como se explica S. Judas, una eterna tempestad de tinieblas, para denotar que los males que amenazan al pecador son incompreensibles. *Alli habrá*, dice Isaías, torrentes de azufre, encendidos por la cólera de Dios; y el Real Profeta despues de haber dicho todo lo que por inspiracion divina sabia sobre la materia, concluye, que esto es únicamente una parte de aquel amargo cáliz. Por manera, que meditando este rey penitente sobre las penas eternas, decia que se veia rodeado de innumerables males, y que le cercaban los dolores del infierno, á que le habian hecho acreedor sus delitos: *comprenderunt mala, quorum non est numerus... dolores inferni circumdederunt me.*

Figuraos, señores, á un viajero, que despues de haber corrido un gran continente, arribase en fin á la rada de un mar, del cual no descubriese puerto alguno, y donde siempre fuese batido, porque jamas estaba en calma. Hé aqui la imágen fiel del impenitente moribundo. Él ha acabado ya su carrera, porque la muerte es el término y la última de las líneas. Ve delante de sí un mar sin puerto alguno, porque entra en una eternidad sin limites. Este mar está siempre agitado de furiosas olas, porque representa el eterno castigo de los réprobos; y estas olas que le baten sin cesar son los males sin número que teme. Asi lo protestó Antíoco, cuando poco antes de morir convocó á todos sus amigos, y les dixo: ¡á qué tribulacion he venido! ¡á qué olas de tristeza estoy reducido, estando poco há gozoso y amado en mis do-

minios! En medio de esta borrasca deben terminar mis dias, y veo males sin número que vienen de tropel sobre mi cabeza criminal.

¿Mas quién es, Señor, capaz de hacer cabal descripción de los males que amenazan al moribundo impenitente? ¿Quién podrá conocer la extensión y rigor de vuestra ira? ¿Quién calculará los efectos de vuestra indignación sobre los que mueren enemigos vuestros? *Quis novit potestatem iræ tuæ, et præ timore tuo iram tuam dinumerare?*

¿Y serán estos males únicamente sin número? ¡Ah! ellos serán tambien eternos. ¡Qué terrible consideración para el moribundo impenitente! ¡qué incomprehensible misterio el de la eternidad! Ella en efecto se le presenta en aquel momento como un abismo sin fondo, como una distancia sin límites, como una carrera sin fin, como una sucesion interminable de dias y de

años. Caín, el infeliz Caín, el primero acaso de los réprobos, gime aún en el infierno despues de seis mil años, sin haber adelantado mas en su carrera, que el que acabe de caer en el abismo en el momento en que aqui os hablo. Las ciudades, las provincias, los imperios serán reducidos á cenizas; los nietos de vuestros nietos hasta la consumacion de los siglos serán conducidos al sepulcro; el mundo entero será reducido á polvo, sin que vos; ó mi Dios! concedais al réprobo un solo minuto de reposo. Su suplicio será eterno. *Ibunt hi in suplicium æternum.*

¡Milagrosa eternidad! abismo insondable de las venganzas del Señor! En vano los libertinos é impios pretenden persuadirte que te envejecerás; es decir, en vano se lisonjean que las penas del infierno tendrán fin, con el deprávado designio de entregarse sin remordi-

miento á una vida licenciosa. Al fallo inevitable de vuestra muerte apelo, ¡pecadores insensatos! Ilustrados en este momento como el sabio, vereis á pesar vuestro que no tiene fondo este espantoso abismo. Ilustrados como Isaías, vereis que el gusano que os debe roer no morirá jamás; y que el fuego que debe abrasaros nunca se apagará. Ilustrados como S. Juan en su apocalipsis, vereis que el humo de estos tormentos se eleva por los siglos de los siglos, sin conceder un momento de descanso de día ni de noche á los que adoraron la bestia, ó estan marcados con su nombre; esto es, á todos los pecadores impenitentes.

¿Qué mas? cuando vean estas cosas, dice el sabio, llenos de turbacion concebirán un temor horrible: *videntes turbabuntur timore horribili*. A manera de personas que tienen turbado el juicio, ya quer-

rán ir adelante, ya retirarse, ya estar á pie firme, y no pudiendo, estarán en continuo movimiento. Impelidos en efecto por los dolores agudos de la muerte, quisieran ir adelante; pero intimidados á presencia de los males que los cercan en el lecho de la muerte, desearian volver atrás. Amonestados por el ángel del Señor, que no hay ya tiempo para ellos, se verán precisados á entrar en la eternidad. ¿Pero á qué eternidad? A una eternidad infeliz, donde perecerá hasta el deseo de los pecadores: *desiderium peccatorum peribit*. Entre estas ansiedades, miedos y suplicios morirá, señores, el pecador impenitente.

¿Entendeis, os ruego, este lenguaje? El es el de las santas escrituras; Veis el incendio que os amenaza? La ira del Señor lo alimentará eternamente. ¿Qué consejo, qué precauciones, qué resolu-

cion quereis tomar para evitar tan infeliz situacion? Yo no os he representado la terrible descripcion de estos males con el solo fin de intimidaros, ni pretendo induciros á desesperacion. Mi ardiente zelo por vuestra salud eterna me inspira ideas mas puras. Lejos pues de querer turbar vuestras conciencias, deseo imprimir en vuestros corazones un justo temor de los juicios de Dios, á fin de que os aprovecheis en tiempo de su divina misericordia, que os sigue, os llama, os solicita en esta hora.

Para evitar pues una eternidad infeliz, es necesaria la reforma de vida; y para obtenerla nada hay mas propio que mirar diariamente con arrepentimiento lo pasado; es decir, traer siempre como David presentes los delitos cometidos para detestarlos; los presentes para dolernos de ellos, manifestándolos al ministro de la penitencia; y temer

en adelante los peligros de caer en la ira de Dios por medio de nuevos pecados.

Imitad, os ruego, al Rey penitente, que no difirió hasta la muerte el arrepentimiento de lo pasado. Durante su vida repasaba en su memoria diariamente los dias antiguos, y traia siempre sus delitos delante de sus ojos: *cogitavi dies antiquos*. No difirió hasta la muerte los acerbos dolores de la muerte misma; previniéndolos en vida con la oracion, el ayuno y el silicio. No difirió hasta la muerte la consideracion de lo por venir; antes tenia siempre en su mente presentes los años eternos: *annos eternos in mente habui*.

Arreglad pues vuestra vida sobre este exemplar de penitencia. Meditad ahora en lo pasado con aquel sincero arrepentimiento que atrae las misericordias del Señor; porque si lo diferís hasta la muerte,

DIO SERMONES

debeis temer sea infructuoso, estéril, y solo á propósito para la desesperacion. Tened presente que el medio únicamente cierto de evitar una muerte infeliz es dolerse en tiempo de los pecados, confesándolos debidamente con espíritu de penitencia, y con firme propósito de la enmienda. Ni perdais jamas de vista los años eternos que os esperan. El tiempo presente es el de vuestra salud y el aceptable á Dios; huid pues ahora de la ira futura, para que en la hora de la muerte no os turben los torrentes de vuestra iniquidad, ni os rodeen los dolores del infierno: *torrentes iniquitatis conturbaverunt me.... dolores inferni circumdederunt me.*

¡Omnipotente y sempiterno Dios! que dominais poderosamente el corazon de los mortales, y sois más árbitro que ellos de sus mismas voluntades, iluminad nuestras tinieblas, para que conozcamos en vida

DE MISION. III

vuestros terribles juicios. Sujetad la rebeldía de nuestros corazones, haciéndonos dóciles á vuestros preceptos, para no ser confundidos en el tránsito á la eternidad. ¡Pecamos, Señor! hemos cometido iniquidades, hemos errado las verdaderas sendas: mas volvemos ya arrepentidos: detestamos nuestros pecados. Ellos en efecto son gravísimos é innumerables; mas vuestra misericordia es inmensa y superior á toda malicia. ¿No usaréis, Señor, de clemencia con estos vuestros hijos pródigos, que vuelven arrepentidos á casa de su Padre? ¿Nos arrojaréis de vuestra presencia?

Alentad, señores, vuestra confianza en Dios, que os espera con los brazos abiertos, como Padre amoroso. Acercaos al tribunal de la misericordia y de la gracia. Aquí teneis la adorable imagen de Jesucristo, que desde este duro leño, donde murió por vuestro amor, os